

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XV

Agosto de 1938

Núm. 158

Puntos de vista

Bórquez Solar

*L*A muerte de Bórquez Solar ha cerrado un período de la lírica chilena en uno de sus más ejemplares representantes. Hacía ya algunos años que el poeta Bórquez Solar, había abandonado toda actividad. Y no porque él así lo quisiera, sino a causa de una cruel dolencia que le tuvo atado e inmóvil en su lecho de quebrantos. Había sido un batallador incesante y uno de esos espíritus enhiestos que no saben de dobleces ni apuntan jamás sus armas a los débiles. Bizarro y profundamente seguro de sí mismo —a veces quisieron hincarle el diente de la malevolencia— llevó su existencia con singular varonía. Sus primeros versos, los primeros brotes de su corazón juvenil, estuvieron dedicados al dolor de los otros. Así pudo salvarse, como lo ha reconocido uno que fué su amigo íntimo y que luchó o empezó a luchar con él, en los albores de este siglo: Diego Dublé Urrutia.

«Bórquez Solar —dijo Dublé en el borde mismo del reposo definitivo del poeta, encima de sus restos, el día de la sepultura— fué un triunfador en los ásperos estadios de la vida ética y del espíritu. Fué un elegante atleta en esa carrera, ardua entre todas y acaso más varonil que la guerra misma. En ese campo tuve la satisfacción de observarlo toda una vida; y ese espectáculo del que le estoy agradecido, convirtió mi primera amistad por él, en un sentimiento de respetuosa estimación que siempre me complacía en manifestarle, sobre todo en los años dolorosos de su vi-

da en que necesitó de mayor consuelo... Porque miembro y miembro directivo, Bórquez de aquella numerosa generación de escritores y poetas, artistas y periodistas, profesores y hasta políticos, en cuya formación puso sus perniciosas influencias —entre otras cosas buenas— aquella desastrosa marea que en el sector de las letras se llamó Decadentismo, movimiento híbrido de impulsos geniales y morbosidad intelectual, de disolución y confusión, logró Antonio Bórquez con muy pocos, salvarse de la tempestad, como quien dice con el último remo dejado por el destino a la voluntad semiquebrada; escapar, no sin heridas de aquellos monstruos de que no se salvaron muchos de nuestros contemporáneos de Chile y de toda América: la muerte prematura, la locura, el hospital, la miseria, el suicidio, la imbecilidad, la deshonra... No quiero recordar nombres».

En «Campo lírico» y en «La floresta de los leones», anticipó Bórquez aquellas de las virtudes que le acompañaron durante toda su vida, lo mismo en las letras que en la cátedra. Su profundo amor a la tierra nativa y su acendrado fervor por la justicia, fueron motores en continua vibración en su espíritu. El fué uno de los poetas de la generación del 900, como lo recuerda su amigo, que imprimió los primeros acentos de comprensión y de amor por el pobre pueblo abandonado. Allí en los versos de Bórquez palpita el acento de la justicia y de la indignación ante el espectáculo de los que carecen de una verdadera defensa.

Bórquez unió a su fervor místico de la poesía el entusiasmo de su cátedra y la orgullosa postura de su reino íntimo. Legiones de discípulos formó en el amor a las disciplinas del intelecto y llenó con sus versos un período de nuestra lírica, en la cual ocupa uno de los sitios más importantes. El no temió a la posteridad, porque sabía de que pasta tan sincera estaban hechos sus cantos. Y cuando le negaban, más por desconocimiento que por verdadera comprensión, no sufría sino que levantaba su protesta bizarra y original, y ponía por testigos de sus creaciones a

los personajes extraños que poblaban el rincón encantado de sus islas de esmeralda. El poeta nacido en la lejana isla de Chiloé, nunca olvidó los misterios y rumores de aquellas distantes soledades. Los elevó en el verso a la categoría de genios familiares y vivió con ellos, gran parte de sus días más agitados y combativos. Le fortalecían y le hacían más suave y más firme el camino y él les devolvía en unción y en fervor la presencia continua en su espíritu de poeta.

Dolorosa muerte la de Bórquez, porque hubo de vivir largos años de sufrimiento, inmovilizado en el suplicio de una dolencia ingrata y torturante. Pero prevaleció en él la sólida complexión espiritual. Se mantuvo entero y conservó hasta el último la recia varonía de que tantas muestras había dado en sus años mozos y robustos. Las letras chilenas le cuentan entre los mejores de sus poetas.